



—Los goles son todos iguales y todos diferentes, pero nunca idénticos. Son como los copos de nieve: pueden encontrarse dos que se parezcan, pero que tengan idénticas características es imposible.

El taxista tiene una voz grave, rauca. Hace el turno de noche y el sonido de sus cuerdas vocales llena el habitáculo del taxi como lo haría un violín destartalado y desafinado.

La radio con el frontal extraíble está encendida, aunque con el volumen al mínimo. En el taxi se habla de fútbol.

—¿Está bien aquí? —añade el taxista tras un momento de silencio. Solo se oía el intermitente.

—¡Aquí está bien! —contesta en un castellano impecable, sin acento, el hombre que está sentado en la parte de atrás. Lleva unas grandes gafas de sol, aunque todavía quedan dos horas hasta el amanecer.

—Dígame una cosa... —añade.

El taxista apoya las manos sobre el volante, no las mueve, clava los ojos en el retrovisor. El pelo canoso es como hiedra que le cubre la frente hasta las cejas.

—¿Es usted?

Los ojos negros que se asoman de entre los rizos alborotados no se alteran.

—Quiero decir, ¿es usted de verdad?

Los dedos de la mano izquierda del taxista empiezan a tamborilear sobre el volante como si fuera un piano.

—Perdone si insisto, pero ¿es usted el Mago?

—Los magos hacen magia, yo conduzco un taxi.

—Ya, pero yo he leído su historia, y al parecer cuando dejó de jugar se hizo taxista aquí, en San Salvador.

—Tonterías.

—¿Cómo dice?

—Son veinte dólares.

Sus ojos negros, en ese momento, parecen colonias de hormigas capaces de levantar el mundo entero.

—Una pregunta, solo una, se lo ruego.

—La propina es opcional.

—Solo una.

—Es tarde, quisiera irme a dormir, este era mi último servicio.

—¿Por qué jugaba con el número once y no con el diez?

Al instante, los dedos del taxista dejan de tamborilear sobre el volante, en la radio dicen algo sobre la calle El Progreso, el intermitente, de repente, calla. Los ojos negros dispersan las hormigas amontonadas, abandonan el retrovisor, se detienen en una pegatina medio arrancada en el salpicadero. Se intuye el perfil de una Virgen, entre sus brazos el Niño, y, debajo, se lee a duras penas: «Señora del Rosario, Cádiz, España». El taxista gira ligeramente la cabeza, mira por la ventanilla, un gato callejero camina sobre un muro, anda con cuidado, no tiene prisa.

—¿Por qué jugaba con el número once y no con el diez?

Las olas del mar de Cádiz rompen furiosas. El ruido del agua espumosa que estalla en las rocas es el latido de su corazón. Un mago nunca revela sus trucos.

Ni siquiera a sí mismo.